

## EL GIRO A LA DERECHA EN EL DISCURSO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO. COORDENADAS GLOBALES Y FENÓMENOS LOCALES

Yair Buonfiglio<sup>55</sup>

### Introducción

Algunas cuestiones planteadas en este ensayo fueron ya compartidas en eventos académicos que tuvieron lugar en 2019. Desde luego, y dada la actualidad –rayana en la urgencia– de las cuestiones abordadas, el devenir de los acontecimientos políticos y las mutaciones en los escenarios sociales y económicos, hemos vuelto a interrogar los textos anteriores y presentamos aquí una versión que, sin ninguna pretensión de conclusividad, intenta sistematizar algunas reflexiones sobre los lenguajes políticos contemporáneos.

En estas líneas sostendremos, entonces, que en los últimos años –quizás una década, por fijar un corte arbitrario –las sociedades occidentales, particularmente las americanas y específicamente la argentina, han asistido a un progresivo corrimiento de los límites de lo decible, de modo tal que pueden, actualmente, enunciarse de manera legítima discursos que en otros tiempos hubiesen sido ampliamente censurados, o bien habrían estado directamente fuera del campo de lo posible. Esto puede advertirse claramente al analizar el discurso político y mediático de los últimos cinco años. Nos preguntamos, por último, en qué medida el gobierno actual encarna un nuevo trastocamiento en el orden del discurso político.

Quizás debamos a Foucault nuestras actuales reflexiones acerca de la *decibilidad* que impone cada época. En efecto, fue el intelectual francés quien advirtió, ya en los 60, que ni las ideas ni su expresión a través del lenguaje emanaban originalmente de un sujeto creador, sino que en cada sociedad y en cada momento histórico existía un sistema de pensamiento, un modo de conocer el mundo y analizarlo, que marcaba las fronteras no solo de los enunciados existentes, sino también de los discursos posibles. Posteriormente, agregaría incisivos abordajes acerca de los procedimientos que, en todo momento, buscan encauzar la palabra a fin de –diría Foucault– conjurar su pesada y terrible materialidad.

Más cercano en el tiempo pero en la misma sintonía, Marc Angenot (2010) acuñó el concepto de “discurso social” para referir a todo lo que se dice y puede decirse en un estado de sociedad. Existiría, para el historiador canadiense, una hegemonía que, cual mano invisible, regula de manera inevitable no solo la posibilidad de que un discurso emerja, sino también el estatus, la posición de mayor o menor privilegio, de más o menos legitimidad,

---

<sup>55</sup> Profesor en las Universidades Nacionales de Córdoba y La Pampa. Docente en la Universidad Provincial de Córdoba. Becario del CONICET. Dirige e integra equipos de investigación que analizan los discursos sociales contemporáneos con eje en la política, los jóvenes y los medios de comunicación.

que detentará en una cultura determinada.

De ambas lecturas pueden obtenerse dos afirmaciones. La primera, y más obvia, es que las restricciones en el universo del discurso no limitan solo la palabra dicha, sino también las ideas que pueden figurarse en la mente de los sujetos. La segunda es que tales condiciones de posibilidad son ajenas tanto a la voluntad como a la posibilidad de intervención de estos últimos. En consecuencia, y al menos desde este paradigma, no resulta fructífero preguntarse de qué modo puede una voz irrumpir en la escena discursiva y transformarla sino que, por el contrario, se torna relevante interrogar los discursos efectivamente circulantes para establecer, a partir de allí, cuáles son las fuerzas reguladoras que les permiten existir, circular y producir efectos en un momento determinado de la historia.

Asentadas estas consideraciones, es posible retomar la idea ya planteada acerca de que, en la actualidad, discursos conservadores y reaccionarios, expresiones violentas y discriminatorias, que hasta hace algunos años ocupaban sitios periféricos y casi expulsivos en el discurso social, hoy han (re)cobrado una legitimidad que los coloca, en algunas ocasiones, como discursos dominantes y, en otras, como fortalecidos contendientes en la disputa por la fijación del sentido.

Decimos que esta legitimidad ha sido *recobrada* porque no podemos olvidar que durante extensos períodos de la historia de nuestra cultura, los discursos racistas, clasistas y, en general, de rechazo y odio hacia las diferencias han estado a la orden del día y han sido capaces de producir efectos tales como la Shoá, el Apartheid o la desaparición de treinta mil personas durante la última dictadura cívico militar en Argentina.

Sin embargo, luego de estas escenas siguieron otras que procuraron un movimiento pendular opuesto. Si retomamos los ejemplos anteriores, podemos recordar que, una vez caído el régimen hitleriano, Alemania juzgó a los responsables del Holocausto, indemnizó a las víctimas y sancionó leyes que castigan el negacionismo; Sudáfrica ensalzó la figura de Mandela como símbolo de paz y tolerancia mientras que Argentina, durante el alfonsinismo y el kirchnerismo, fue escenario de distintas políticas de memoria y reparación que entronizaron el significante “democracia” de manera más que sólida en la doxa.

Por obvias razones, nos interesa particularmente el caso argentino y más específicamente el devenir del discurso social durante los últimos veinte años. Una somera lectura de la historia reciente nos permite reconocer allí tres grandes puntos de inflexión: la crisis del orden neoliberal que se tradujo en el estallido social de 2001 y la aparición del kirchnerismo como nueva identidad política; la dislocación (Barros, 2012) del discurso kirchnerista y la irrupción del macrismo como reconstrucción del orden liberal; y muy recientemente el debilitamiento de este último modelo y la vuelta al gobierno de una identidad que contiene dentro de sí cierto sedimento kirchnerista aunque articulado con otras expresiones políticas de tradición peronista y progresista.

La década gobernada por Néstor y Cristina Kirchner participó en lo que Benjamín Arditti conceptualizó como “giro a la izquierda” en América Latina. Coincidimos con este autor en reconocer este período como una etapa caracterizada, en general, por la ampliación de derechos –en especial para las minorías–, cierta redistribución de la riqueza que propició

el desarrollo económico de los sectores sociales más bajos y una creciente movilización ciudadana, canalizada en ocasiones a través de partidos políticos, o bien organizada en movimientos sociales y organizaciones comunitarias.

De cualquier modo, y más allá de las discusiones políticas o teóricas acerca del significante “izquierda”, y sobre todo, prescindiendo de cualquier esencialización que llevaría a un estéril debate acerca de cuál es la “verdadera” izquierda, lo cierto es que Argentina registró sobradamente estas tres características, las cuales configuraron un período –a nuestro juicio– inédito en materia de intervención estatal para el mejoramiento de las condiciones de vida de las grandes mayorías, comparable quizás con el primer gobierno peronista. Podemos citar, como ejemplos, la Ley de Identidad de Género, el Matrimonio Igualitario, la Asignación Universal por Hijo, el programa de becas Progresar, las políticas de universalización jubilatoria, la jerarquización del salario docente, los programas de crédito para la vivienda, la promoción de la participación política de los jóvenes o las políticas de acceso a la cultura.

En trabajos anteriores, hemos dicho que si un significante puede sintetizar la hegemonía discursiva kirchnerista es el “para todos” (Buonfiglio, 2016), Lo que comenzó como “Fútbol para todos” –la posibilidad, a instancias del Estado, de que los partidos del campeonato nacional de fútbol fueran televisados por la televisión pública– luego fue “milanesas para todos” y hasta “ropa para todos”. Pero, más allá de su utilización literal, el “para todos” también condensó buena parte de la política kirchnerista: hubo matrimonio para todos, jubilaciones para todos, asignaciones para todos, libros para todos, universidades para todos. “Para todos” se oponía, en definitiva, a la privatización de los bienes valiosos. Que algo fuese para todos significaba que no era necesario merecerlo.

Por el contrario, el discurso macrista preconizaba la lógica del mérito. Porque los objetos de valor no debían ser para todos, sino para aquellos que los merecieran. Ese “merecimiento” era presentado, en un nivel superficial, como la traducción de los esfuerzos o talentos de cada individuo. Pero rápidamente –y dadas las posibilidades que ofrece el dinero en una economía capitalista– esto se tradujo en la valorización del estatus social. En ese contexto, el presidente del Banco de la Nación Argentina afirmó en una entrevista radial: “Le hicieron creer a un empleado medio que podía comprarse celulares e irse al exterior”. La oración elide el sujeto, aunque una elemental lectura de las circunstancias enunciativas nos hace saber que “ellos” son “los kirchneristas”. Otros componentes de ese texto son todavía más reveladores. “Creer”, según el diccionario, es “tener algo por cierto sin conocerlo de manera directa o sin que esté comprobado o demostrado”, a diferencia de “saber”, que significa “tener conocimiento de algo”. Los empleados no saben, sino que creen. Y creen –están en posesión de un conocimiento no verdadero– debido a que otro sujeto (el Gobierno) les ha destinado esa creencia. Pareciera entonces, según la lógica que propone la frase, que cierto orden “natural” de las cosas supone que un “empleado medio” no puede comprar celulares ni viajar al exterior; el Gobierno había, sin embargo, construido una creencia en el sentido contrario: una idea falsa.

La frase de González Fraga, dicha en mayo de 2016, aparece como uno de los primeros textos que se desmarcan de las promesas formuladas por el candidato Macri durante su

campaña presidencial. Recordemos que, en aquellos tiempos, había prometido no “quitarle la ayuda a nadie” ni discontinuar “las cosas que sí se hicieron bien”. Es que, pese al significativo “Cambiamos”, que designaba al espacio político, el discurso electoral de los candidatos solo anunciaba reformas que, se decía, conducirían a la prosperidad económica y, con ello, al mejoramiento en las condiciones de vida de los votantes.

Sin embargo, ya durante los primeros meses de gobierno pudo advertirse una drástica transformación en el discurso que se enunciaba desde el Estado. En una de sus primeras conferencias de prensa, el entonces Ministro de Economía Prat Gay sostuvo que el Gobierno debía deshacerse de la “grasa militante” que ocupaba puestos en la administración pública. Lejos de ser un sujeto de derechos, el trabajador es construido aquí como alguien que sobra: en nuestra cultura, la grasa no constituye sino una masa amorfa indeseable, una presencia que debe eliminarse del cuerpo. Pero, además, ser “grasa”, en el habla coloquial porteña, es ser una “persona de hábitos y preferencias vulgares”<sup>56</sup>. En este escenario, no se trataba solamente de que trabajadores cayeran en el desempleo: eran, además, contruidos como seres abyectos, indeseables para la nueva Argentina blanca que se intentaba inaugurar.

Son numerosas las frases de miembros del gobierno de *Cambiamos* que podrían ilustrar un discurso oficial que construía a pobres y trabajadores no especializados como obstáculos para el desarrollo nacional, mientras delineaba a empresarios, financistas y miembros de las fuerzas de seguridad como los modelos del “nuevo” ciudadano argentino que se procuraba configurar. Acaso podríamos recordar la campaña iniciada por la gobernadora de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, para que personas sin ninguna formación reemplazaran a los docentes en las escuelas de la Provincia mientras estos se encontraban en huelga, o la célebre interpelación lanzada a los trabajadores de la educación durante el conflicto: “Que digan si son kirchneristas”. Es que “kirchnerismo” aparecía, en el universo discursivo del partido gobernante, no como la simple designación de un espacio político, sino que se trataba de un significativo sobrecargado de valores negativos que podía ser utilizado como adjetivo despreciativo sin mayores aclaraciones o explicaciones.

El giro conservador en el discurso social argentino no tuvo, sin embargo, solamente expresiones en el lenguaje político<sup>57</sup>. Las disputas en el mundo de la farándula estuvieron atravesadas, en ocasiones, por argumentos abiertamente contrarios a los procesos de ampliación de derechos que habían tenido lugar en la década anterior. Ejemplo de esto es la polémica entre el periodista Jorge Lanata y la actriz trans Florencia de la V, quien, pese a ser reconocida por el Estado como mujer en su Documento Nacional de Identidad, fue calificada como “trava” por el conductor. “Esto de que te den el documento de mujer y sos trava, no sos una mina, sos un trava con documento de mina. Yo no te voy a discriminar, te voy a dar trabajo, pero no sos una mina. Cuando a Flor de la V le dan el documento y dice ‘soy mujer, soy madre’, discúlpame: no sos, en todo caso sos padre”, aseveró.

<sup>56</sup> Diccionario de la Real Academia Española: <https://dle.rae.es/grasa?m=form>

<sup>57</sup> Aunque, en un sentido amplio, siempre que se habla se está participando de algún modo en la disputa por la fijación del sentido, hablamos aquí de “discurso político” en su conceptualización más clásica, esto es, aquel que se produce y circula en situaciones enunciativas vinculadas al Estado.

Otro de los momentos memorables de este giro fue protagonizado por el humorista Alfredo Casero, reconocido militante macrista, en el programa *Animales sueltos*, un *late night show* devenido ciclo político bajo la conducción del relator de fútbol Alejandro Fantino. Allí, en el marco de una entrevista y luego de que se le preguntara por la situación del país, el cómico pronunció el siguiente monólogo:

“Vamos a decir la verdad. A vos se te prendió fuego la casa. Vos tenés una familia. Son doce de familia. Entonces se te prendió fuego la casa y hace frío afuera. Entonces vienen los doce y dicen ¡queremos flan! ¡Queremos flan, papá! ¡Flan! Pero vos tratás de decir ‘no, bueno, pero...’ ¡Flan! ¡Flan! ¡Flan! ¡Queremos flan! (se tapa los oídos) ¡Hijo de puta, no nos da flan! ¡No anda la heladera, está todo quemado y no anda la heladera! Pero ya viene el señor que quemó la casa... ¡No, es amigo mío! ¡No, él no la quemó! ¡Quiero flan! No somos boludos. Somos ciudadanos y los vamos a hacer cagar en las urnas”.

Como se desprende de una lectura casi superficial, el enunciador construye allí una analogía entre la familia y la sociedad argentina, mientras que la casa incendiada sería equivalente a la devastación económica. En este escenario adverso, la familia/sociedad expresa demandas relativas a bienes de lujo –un postre– mientras que el padre busca, infructuosamente, hacerlos entrar en razón. Se configura, de este modo, la oposición entre un “nosotros” en el que se incluye el enunciador, respecto de quien dice “no somos boludos”, y un ellos irracionalmente demandante que se niega a asumir la “verdad” de las cosas, esto es, que el “amigo”/kirchnerismo, ha sido el causante del incendio/crisis económica.

Lo que ocurre allí, sin embargo, es la anulación de toda legitimidad posible de la demanda ciudadana. En primer lugar, porque es irracional y lujosa. Pero además, por su vinculación con el kirchnerismo que, como dijimos anteriormente, circula como un significante densamente cargado de valores negativos. La arenga “queremos flan” fue recuperada por el macrismo e incluso circularon videos donde legisladores de ese espacio político la entonaban como canción, lo que da cuenta de sus efectos como enunciado político. En este sentido, y en tanto destitución de la demanda ciudadana, puede vincularse con la interpelación de María Eugenia Vidal a los docentes que referíamos más arriba: en la medida en que los sujetos estén vinculados con el kirchnerismo, sus reivindicaciones se interpretan *ipso facto* nulas.

Desde luego, podría decirse que todas las ideas, los argumentos y las narrativas que hemos mencionado no son, de ningún modo, un invento reciente, y que registran largos antecedentes en la *historia* de nuestras ideas. En efecto, no se trata de afirmar que el giro a la derecha haya inaugurado una discursividad novedosa, inédita. Sostenemos, en cambio, que se produjo una reconfiguración en el discurso social, de tal modo que textos que anteriormente resultaban periféricos, deplorables o incluso impronunciables, devinieron legítimos, centrales y lograron hegemonizar, aunque provisoria y precariamente, el campo político. Es que, en suma, ninguna hegemonía se construye desde un grado cero; no existen, como diría Bajtín, adanes del discurso, sino que toda representación política opera sobre un sedimento disponible, una relativa estructuralidad que se moldea y modela al calor de cada época.

El escenario descrito y analizado para el caso argentino puede establecer analogías con lo que ha sucedido en otras latitudes. Jair Bolsonaro llegó a la presidencia de Brasil luego de haber reconocido como “héroe nacional” y homenajear a un militar que participó activamente en la última dictadura militar de ese país y formó parte del grupo de tareas que torturó a la depuesta presidenta Dilma Rousseff. El mandatario afirmó también que prefiere tener un hijo muerto antes que homosexual y, en el mismo orden de cosas, afirmó que un hijo suyo nunca se involucraría sentimentalmente con una mujer negra por estar “muy bien educados”. En la misma sintonía, Donald Trump llegó a la presidencia de los Estados Unidos luego de haber acusado a México de enviar “violadores” a su país, cuestionar la nacionalidad de su antecesor Obama y aconsejar a legisladores opositores regresar a sus países de origen.

Repetimos: no se trata de ideas novedosas. El racismo, la homofobia, el rechazo a la pobreza y el antisindicalismo existen desde tiempos incontables. Lo llamativo es que, como dijimos, estas discursividades hayan logrado hegemonizar el campo político tras décadas de fetichización de la paz, la tolerancia y la diversidad. ¿Cómo fue posible, entonces, que la brutalidad atravesase el discurso político contemporáneo?

Barros nos permiten delinear alguna hipótesis. En primer lugar, la hegemonía progresista –así como cualquier hegemonía– no podía, por razones de orden lógico, fijar de una vez y para siempre el sentido y el orden de lo social. Una vez que este discurso perdió eficacia representacional, así como su capacidad para contener las distintas demandas, algunos lenguajes disponibles lograron articularse en torno a ciertos significantes y emerger como nuevas posibilidades de construcción de un orden.

Sin embargo, aquella hegemonía no resultó, por lo menos en Argentina, demasiado duradera. Tras cuatro años de gestión, el presidente Mauricio Macri no logró su reelección en 2019. Quizás las sucesivas desinteligencias económicas, que trajeron aparejado un aumento en el nivel de pobreza, el desempleo y el endeudamiento externo, resultaron clave para el fracaso electoral. Aun así, como bien apuntó Verón, todo fenómeno social tiene una dimensión discursiva, por lo que se torna relevante preguntarnos por qué el relato macrista no logró interpelar exitosamente a una mayoría de votantes.

La fórmula triunfante, integrada por el exjefe de Gabinete de Néstor Kirchner, Alberto Fernández –quien se fue del Gobierno en 2008 de manera muy crítica– y la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner aparece, no obstante, como una identidad acaso enigmática que, si bien conserva una suerte de núcleo estable kirchnerista, ha debido articular con otras fuerzas políticas como el Frente Renovador, el Peronismo Federal y partidos provinciales para ganar las elecciones. Es decir, la identidad política que perdió su posición hegemónica en 2015 no la recuperó, sino que ahora es parte de una nueva cadena de equivalencias que redefine el campo político en la medida en que traza nuevos clivajes a instancias de haber constituido alianzas con sectores anteriormente opositores.

Hasta el momento, el discurso oficialista ha buscado diferenciarse claramente de la retórica de *Cambiamos*, aunque sin recuperar plenamente los tópicos y fetiches del discurso kirchnerista. Quizás esto se deba a que la voz de la derecha, lejos de haber regresado a

posiciones periféricas, todavía puede disputar con muy buenas armas la centralidad del espacio político contemporáneo.

## **Bibliografía**

Arditti, Benjamin (2009). "El giro a la izquierda en América Latina, ¿una política post-neoliberal?" En: Revista *Ciencias Sociais. Unisinos*. (45) 3. Septiembre-diciembre 2009. Unisinos.

Buonfiglio, Yair (2016). "Escenas de la discursividad política perielectoral". Revista *Oficios Terrestres*. N° 34. Universidad Nacional de La Plata. La Plata.